

EL ENCUENTRO CON LOS MARINEROS DEL NORTE

En una de nuestras andanzas cotidianas por la ciudad vieja, en los alrededores del puerto, nos encontramos la otra tarde con un grupo de marineros norteamericanos, recién desembarcados del pesado crucero. Caminaban moviendo los brazos y las piernas como si sus miembros, ayer atados a la férrea disciplina, se les quisieran escapar del cuerpo. Hablaban y reían. Y en ese instante, una duda de orientación que los detuvo en su marcha, nos obligó a improvisarnos en intérpretes ante el gárrulo grupo. Fué corto el contacto que mantuvimos con esa juventud rubia, caída del Norte. Palabras sueltas; frases corrientes; algo, acerca de la lucha que los enreda; augurios de triunfo; saludos; "fare well"...

Ellos se fueron, calle abajo, con sus brazos desgonzados, siempre entre risas y palabras sueltas. Nosotros nos quedamos apegados al suelo, como si, de distinta distancia de esa muchacha da jovial, una dura raíz nos atara a la tierra. Y con un escozor en la conciencia que nos llevó también, por calle abajo, hacia amargas meditaciones.

Ellos y nosotros. Ellos los americanos del Norte, risas y valentía sin ostentación, mostradas como en un gran juego al aire libre. Ellos, con el barco de la muerte que los aguarda en la rada; ellos sueltos y despreocupados, guiados por la brújula hacia los rumbos del heroísmo.

Nosotros preocupados y sin brújula. Nosotros atados a la faena diaria, ensimismados y quejosos, caminando hacia el seguro hogar de la mesa tendida y el lecho del tranquilo reposo. ¿Somos en verdad hermanos?

Hermanos somos, y hacia ellos van nuestros sentimientos cor-

diales así que los vemos; y aún cuando no los veamos, siguiéndolos en sus trágicos caminos, por los océanos procelosos, por la jungla impenetrable, por los altos cielos, por los desiertos calcinados. Hermanos somos porque nuestros corazones, desde el principio, se han dado, al mismo repudio, y también a la misma esperanza. Porque un mismo latido movió nuestro pecho de americanos al día siguiente del alevoso ataque. Pero en una hora cruel y única del mundo, donde ellos labran un nuevo destino a la humanidad entera ¿qué clase de hermandad es esta que los lleva a ellos a las rutas oscuras del sacrificio y de la muerte, y nos deja a nosotros, aquietados y ahitos bajo el hogar seguro?

Cuando el grupo se alejó, una espina honda hirió nuestro espíritu. Nos miramos hacia adentro, crudamente. Miramos el mismo corazón del pueblo entregado a sus goces o a sus luchas. Y miramos la misma obra del gobierno, ornamentada de altas palabras. Un velo de amargura cayó sobre nuestra conciencia. Y las dolientes reflexiones que van a seguir ahora, y que no pudimos acallar, nacieron claras y admonitorias en ese instante.

Fué entonces que un balance rápido de sentimientos y de sacrificios nos puso en la verdad de la hora. Y así deslindamos dos campos, que en verdad deben formar uno solo, frente al nuevo sendero que se le abre a la humanidad. El campo del sentimiento condolido, y el campo del sacrificio consentido.

Ante estos dos campos, ineludibles para el ser que viva el instante, va a detenerse nuestra meditación.

Sabemos, - todos lo saben y si no es hora de que lo sepan - que se está preparando un nuevo sentido de la vida humana, una vez que sea ganada la guerra que se debate en la superficie. Queda

la otra, la guerra profunda, al penetrado decir de Waldo Frank. Todo lo que hoy se entrega de "sangre, sudor y lágrimas" busca los dos triunfos: uno el inmediato; después el triunfo duradero.

Aquel primer triunfo será, en verdad, para los países agredidos. El otro triunfo alcanzará a toda la humanidad. Nos alcanzará a nosotros mismos, ardientes espectadores del conflicto. Y llegará con sus dones nuevos y permanentes, para nosotros y para nuestros hijos.

Si es verdad que esta guerra total hiere al orbe entero, como obedeciéndola una fuerza cósmica; si es verdad que sus alcances bienaventurados salvarán la humanidad nueva, ¿qué damos los del continente del Sur apacible, en "sangre, en sudor, en lágrimas" para tener derecho cuando toque la hora de la nueva organización del mundo? ¿Qué damos por haber escapado al peñagro horrible que se cernió sobre todos los horizontes, de vernos transformados en rebaños de esclavos? ¿Qué damos para saber que nuestras vidas, que nuestras ganancias, nuestros hogares serán cuidados, que nuestro trigo, nuestra lana, el lino, el cuero, la carne, arrancados a una tierra pródiga, correrán en pos de sus mercados, sobre los mares libres; que viajaremos por cielos nuevos; que rezaremos ante los altares preferidos; que iluminaremos las palabras liberadas; que el pensamiento nacerá suelto, como la alondra; y la acción se entregará para el surco que se elija?

Debemos vivir la hora de los sacrificios. Sólo así podremos contar como células dentro del nuevo plasma social. Sangre, no nos reclama el destino. Y dolor, sólo el dolor compartido con el hermano que sufre. Pero sacrificios es menester entregar, y entregarlos gozosos, sabiendo que es bien menuda paga para la seguridad y la

paz venturosa que otros están labrando en los campos, en los cielos, en los mares.

¿Qué sacrificios reclamamos para estos pueblos blandos, alejados de la contienda? Es el primero un sacrificio en sí, un sacrificio sin objeto directo, que vele las horas trágicas del hermano en la lucha. Un sacrificio de respeto, de admiración hacia la lucha heroica. Un sacrificio sin otro preciso destino que el de no abrir nuestra vida solo hacia la ventana del goce egoísta, sino abrirla hacia los horizontes rojos de la guerra. Es el sacrificio del sentimiento condolido.

Ya hemos franqueado esa primera y difícil etapa. En nuestro pequeño país libre, la palabra y el corazón se han volcado entero hacia la causa noble. Un mismo sentimiento, como un mismo latido, pulsa en toda nuestra vida del Norte, al Sur; en la ciudad rumorosa y en la campaña callada. Diarios, revistas, conferencias, manifestaciones, círculos, sociedades, todos, viejos o recién surgidos, exaltan un mismo sentimiento solidario. Hemos limpiado el suelo nuestro de alimañas. Y quien se escondía en la sombra alevosa, ha sido denunciado y ahuyentado.

Pero ¡Por Dios!, no nos detengamos en esa etapa, en que sólo late el corazón y la mano permanece inmóvil. Es verdad que es necesario y antitotalitario ese noble y primer sentimiento para que el otro, el que mueve la mano dadivosa, tenga su total valor. Pero no tranquemos la acción completa: no separemos sentimiento y hecho, que vamos a correr el riesgo de ver juzgados como inertes expectadores de la tragedia. Uniendo el dolor de la lágrima, al gesto de la acción viva, entremos ahora mismo, sin disciplina, ni reglamentos impuestos, a esa nueva acción, con un sentido serio de nuestro destino, así como entran a su barco de acero, los valerosos marine

ros del Norte.

Y vayamos al otro sacrificio. Al segundo sacrificio, surgido del seno tembloroso del primer sacrificio. Después de esta etapa de entregado amor, viene la otra etapa, la etapa más ardua. Es aquella en que al amor se une el hecho; es que a la promesa se ata el gesto, es aquella en que la simpatía general la acción. Es el sacrificio en el hecho consentido.

Es aquí donde surge nuestro desaliento. Es ese sacrificio el que aún no ha dado nuestro pueblo. Es ese sacrificio ausente, el que nos volvió pequeños y cargados de remordimientos, frente a este rudo y juvenil grupo de marineros, que se alejaba alegre y despreocupado hacia las fauces de un mar artero.

Es el sacrificio que hoy reclamamos. Quizás pidamos demasiado a un pueblo que no fué herido en carne propia por la guerra. Pero creemos que ha llegado la hora de pedirselo. Y si ante el pedido no responde, exigirle esa entrega de su cuota de sacrificio.

Si hablamos antes de que no dábamos sangre, sudor, ni lágrimas, hemos dicho verdad en cuanto todo eso no ha surgido de la guerra. Pero si ahondamos nuestro mirar, si llevamos nuestros ojos comprensivos, no al hermano del Norte, atrapado en la contienda, si no al propio hermano, en nuestro propio suelo, no veremos sangre, más veremos mucho sudor y muchas lágrimas. Miradlos con nosotros. Miradlos por los suburbios hatapientos y los conventillos lúgubres; miradlos por los campos, en los ranchos de lata o de terrón; miradlos por los obrajes, en los cafetales, en las minas, en las selvas tupidas. Mirad ese dolor del obrero explotado que aún mancha el suelo pródigo de América.

¿Acaso no es llegada la hora de que toda América, que tiene

la enorme ventura de no formar en la contienda, se prepare a librar esa guerra profunda contra el dolor y la miseria? ¿Acaso no debe ser reclamado ese sacrificio para que los poderosos acudan en auxilio de los desvalidos? ¿Acaso no deben los gobiernos organizar esa cruzada contra la explotación y la injusticia, para poder ser llamados nobles beligerantes dentro de la segunda guerra?

Es aquí que el balance, como dijéramos, es bien amargo. Andamos como hormigas celosas, nuestro diario camino buscando siempre la misma cosecha. Avaros de los sacrificios de hechos, cuán generosos de nuestras palabras. Tan fáciles como somos a la entrega de nuestros sentimientos abiertos, somos mezquinos para dar elpreciado sacrificio salvador. No sólo no lo damos, en ganancia, en alimento, en sueño, sino que cuando algo se nos retacea, algo que para los pueblos sufrientes es objeto de lujo, sólo la protesta incomprensible llena las bocas y las páginas de los diarios. No admitimos racionamientos. Reclamamos nuestra parte total en el goce de la vida. Y mientras le damos palabras halagüeñas a los guerreros del Norte, presurosos e inquietos exigimos nuestro lote de beneficios. A veces, y envuelto en la mentira, el reclamo se sustenta como el único medio de conjurar la miseria obrera. Pero en verdad, todo lo que mueve la protesta, es el deseo de vivir nuestras horas, sin el más mínimo sacrificio que nos duela.

Pero si no vamos al sacrificio por espontánea voluntad, son los gobiernos que deben llevar a los pueblos a la senda abnegada, por una sana y justa imposición. Es en el tan debatido plan Beveridge, donde se dice que estos momentos de convulsión mundial, son momentos propicios para las revoluciones salvadoras. Y los gobiernos tienen recursos para encarrilar al pueblo a un nuevo sentido de la vida, re

clamándoles a quienes pueden dar, la parte que le corresponde para los que nada tienen.

Debemos ingresar todos a las huestes de la "guerra profunda". Todos, con el arma que no deja llaga ni sangre. Allí, donde se encuentre el mal, desterrarlo; si es hambre, si es frío, si es miseria, si es enfermedad, si es ignorancia, alejarlos. Si es el hombre, la madre, los niños, salvarlos. Ponerlos a todos en contacto con una parte de la felicidad humana, para que puedan vivir la vida.

Esa guerra, que no es utópica, y que se volverá guerra con bombas y con sangre, si antes no la hacemos guerra santa del amor fraternal, es la que debemos ganar, vencida la otra, en suelo de América.

Si vamos a esa acción, a las buenas o a las malas, por comprensiva voluntad o por imposición gubernativa; si aquellos que tienen su lote de felicidad, menudo o grande, se desprenden de una parte para el bien común; si todos entramos dentro de esa senda real del sacrificio, pensaremos, que sin jefes ni armamentos, somos soldados de la otra guerra. Y entonces, al ponernos al lado de los aguerridos marineros del Norte, nos sentiremos bien como sus compañeros de armas. Ellos, los primeros para salvar la libertad del hombre de América. Nosotros, después, para hacer valedera y fuerte la felicidad del hombre de América.

C. A. HERRERA MAC LEAN.

-----0000000-----